

Quiero compartir con ustedes mis recuerdos y algunas evocaciones afines en torno a una clase encargada a Covarrubias en un curso que tomé a mediados de los años setenta. Para desarrollar esta memoria episódica me permito una brevísima digresión previa. Las ciencias cognitivas distinguen dos tipos de memorias declarativas. La semántica retiene un conocimiento general del mundo, para el cual resultan irrelevantes las circunstancias en que fue adquirido. Ejemplo: sé que Montevideo es la capital de Uruguay pero no sé cómo, cuándo y dónde lo aprendí. Por el contrario, la memoria episódica o biográfica, aquella acerca de las cosas que nos ocurrieron, está estrechamente vinculada al contexto, probablemente porque en la fijación de ella, las circunstancias y emociones que la acompañan son las que la hacen relevante. Ejemplo: recuerdo con detalle cómo en octubre de 1973, siendo estudiante interno en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Salvador, vi entrar a un piquete de soldados apuntando con armamento de asalto (para aquellos de ustedes que no son del área biomédica y no están familiarizados con la vida intrahospitalaria, les cuento que no es habitual que a las Unidades de Cuidados Intensivos entren soldados armados). Pues bien, esta drástica diferencia entre

memoria semántica y episódica respecto a retener el cómo, cuándo y dónde se adquirió, se desdibuja si los que enseñan son sabios, como es el caso de Edmundo, y el de Carla, Humberto, Alfredo y Julia. Lo aprendido y las circunstancias biográficas de ese aprendizaje tienden a amalgamarse, y uno por siempre asociará el conocimiento adquirido con el acto de adquirirlo. Sin embargo, en retrospectiva, es posible que las circunstancias que fijan mi recuerdo de ese curso en que participó Covarrubias circa 1975 quizás tengan que ver más con la biografía de él que con la mía. En efecto, ese curso sobre bases neurales de la conducta, estaba estructurado como una secuencia de seminarios en que cada docente proponía un artículo y dirigía su discusión. Disculpen si asumo el riesgo de no ser un buen homenajeador, pero debo decir que en esa oportunidad la participación de Covarrubias estuvo lejos de resultar universalmente bien comprendida. Llevó un capítulo de un libro que trataba de la evolución como una espiral. (Paréntesis: algunos años después lo recordaría al leer un libro titulado "La geometría del tiempo biológico" y esa quizás sea otra gracia de los sabios aquí presentes: más que enseñar sus propias disciplinas, inspiran a otros en la de ellos). Bueno, una espiral es una estructura, como también

una familia es una estructura, y Covarrubias estaba entonces en vías de un redireccionamiento que llevaría a este brillante ex-alumno del Instituto Nacional Barros Arana quien "no podría estar sino en la Universidad de Chile" afirmación que, al margen de su sentido implícito, no habla necesariamente ni bien ni mal del Sr. Covarrubias ni de la Universidad; bueno, ese redireccionamiento lo llevaría a crear y dirigir el primer grupo de terapia familiar en un hospital público chileno. Inicia una espiral que pasa por la hemofilia y el cáncer de mama y llega al duelo. Covarrubias es un confeso estudioso de la muerte. Sus cursos de duelo tenían que hacerse en este Salón de Honor, congregaban a más de cuatrocientas personas y se preparaban meticulosamente a lo largo de todo un año. No sé si lo que acabo de decir es laudatorio o es una delación, pues hoy en día dedicar tanto tiempo a un curso puede perjudicar algún indicador de eficiencia; pero quizás para ponderar la vida académica sea válida la anti-definición de humorismo de Enrique Jardiel Poncela: "Intentar definir el humorismo [o la vida académica, agrego yo], es como pretender atravesar una mariposa, usando a manera de alfiler un poste telegráfico".

Pero vuelvo al curso circa 1975. Ese curso se daba en Fisiología, y a nosotros Covarrubias nos fue vagamente

presentado, variante de la canción de Facundo Cabral, como uno que hasta hace poco era de aquí y ahora era de allá, pero que volvía para hacernos esa clase. Bueno, la gracia de una espiral es que uno vuelve a un punto y a la vez no vuelve a un punto. Ahora bien, para aproximarse a esos años uno puede conversar con Francisco Rothhammer, Raúl Fernández, Raúl Godoy, Rafael Blanco, Gloria Pereira, Roberto Rona, Carlos Valenzuela, Hernán Palomino, quienes, por motivos etarios, no pueden decirse discípulos de Covarrubias, pues eso sugeriría una paternidad pre-púber. Entre ellos hay total consenso en dos puntos: Covarrubias es uno de los tipos más brillantes y multi-talentosos que jamás han conocido, y, Covarrubias es el indiscutido fundador de la Genética Humana en Chile. Esta labor la cumplió en paralelo con Ricardo Cruz-Coke quien funda nuestra Genética Clínica e interactuando con genetistas básicos como Danko Brncic y Susi Koref. Covarrubias es el padre de la Genética Humana en un país en el cual, como agudamente observa Carlos Valenzuela Yuraidini, a diferencia del resto del mundo donde los hombres se hacen el test de ADN para que nadie dude de que son el padre, aquí lo hacen para intentar probar que no lo son. Como admirativamente me dice Raúl Godoy, Covarrubias se

pregunta qué es ser chileno, y para ello estudia familias originarias en Pedregoso e instaura los métodos de objetivación genética de las gradientes étnicas, y, me agrega Raúl Fernández, extiende sobre su mesa interminables y expansivos árboles genealógicos de las familias descendientes de españoles en Caleu. Me dicen que Covarrubias iba con sus alumnos a investigar archivos parroquiales. También me recuerdan que Covarrubias organizó y dirigió el primer curso de genética para estudiantes de medicina. Todos citan un famoso aserto de Covarrubias genetista: "La conquista española utilizó tres elementos: la espada, la cruz y el falo". De estas tres armas de penetración, la tercera mediatiza la llegada de una desproporcionada carga de cromosomas Y de origen europeo.

Discúlpeme, pero me sigue dando vueltas esa clase de Covarrubias del '75. No sé si él, eximio músico, estuviera pensando "Llegué como un extraño, como un extraño me marchó"; no sé si en sus posteriores viajes de invierno junto a Mario Penna Varela habría de recordar esos días de Genética Humana como un verano bajo un tilo.

Una amiga me detuvo una vez en el estacionamiento y me dijo que hacía tiempo quería darme las gracias por un enorme

favor que me debía. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Si una mujer le agradece a uno algo con lágrimas en los ojos, uno debería recordar al menos vagamente de qué se trataba. Me indica que un tiempo atrás ella me había preguntado por un psiquiatra para consultar y yo le había sugerido a Covarrubias. Bueno, yo digo "Covarrubias", ella más bien hablaba con voz temblante de esta "persona única, extraordinaria, increíble, maravillosa". Me dijo que cuando lo llamó por primera vez se había sorprendido al comprobar que tenía un contestador telefónico, pero que después le pareció que a él le bastaba escuchar el mensaje telefónico grabado para diagnosticarlo todo. Quién sabe cuántas cosas deja uno, cuando deja un mensaje telefónico grabado. Pero me consta que, como un chamán capaz de leer oblicuamente de las fuentes menos convencionales mensajes de semiótica insospechada, pareciera que a partir de tres datos: lugar de nacimiento, apellido paterno y apellido materno, Covarrubias tenía material como para escribir una novela de las dimensiones de La Guerra y la Paz acerca de quien fuera. Un poco como esa hipótesis de que si una inteligencia extraterrestre conociera un DNA humano completo podría reconstituir no sólo al hombre sino a toda nuestra física, nuestro entorno. No sólo

deducir la molécula de hemoglobina, sino a partir de ella el oxígeno de la atmósfera. A propósito, no sé qué podrían inferir, ustedes que me escuchan, de alguien a quien encuentran caminando con muletas por los senderos en espiral del Santuario de la Naturaleza, como me ocurrió a mí hace algunos años con Covarrubias.

Termino. Compartí con él un ciclo de reuniones clínicas de pacientes con patologías del sueño en el Departamento de Psiquiatría del Hospital Salvador. Es un maestro del comando tácito, e, interrogando, Covarrubias pareciera que desarmara y rearmara cuidadosamente al paciente, como un inspector de aduana hace con una encomienda. Podría quebrar un huevo y volverlo a pegar sin que nada se notara. Una vez, a una paciente que consultaba por insomnio, indicó como tratamiento que al acostarse hiciera todo lo posible por no dormir. Después nos explicó que ésa era una técnica llamada "prescripción del síntoma". Él usa mucho la palabra "técnica" para describir lo que hace. Pronuncia esa palabra "técnica" enfatizándola con un gran chasquido glosopalatino cuya resonancia va tan bien con su somatomorfia de gigante. ¿Técnica? ... ¿Técnica? La verdad es que, al menos yo, sospecho que a usted, Sr. Covarrubias, ahí sentado en

primera fila, de verdad jamás le ha interesado técnica alguna, aún en el sentido más amplio y no importa cuán metafórico de la expresión. Usted, antipódicamente, se desplaza en la ambigüedad, en la sutileza irrepetible, en lo etéreo, en lo imprescriptible e indefinido, y es eso, es ese militante y riguroso modo de ignorar a la técnica, esa irreproducible e insistematizable forma de metabolizar pacientes, síntomas y signos, lo que lo hace a usted, querido Dr. Covarrubias, acercarse como una *Chrysis*, lo remonto a su primera taxonomía, acercarse como un lepidóptero o una polilla, a esa fuente de ondas electromagnéticas de espectro difícilmente visible, raramente visible, que es la condición humana.